

tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas hallé quien me conozca si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habéros-la contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

## CAPITULO XLII.

que trata de lo que más sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló en diciendo esto el cautivo, á quien D. Fernando dijo: por cierto, señor capitán, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y estrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara; y en diciendo esto, D. Antonio y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para

servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció D. Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huésped, y dijo: señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; y si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buena hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas

arrocadas que vestia mostraron ser oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella dificilmente pudiera hallarse. Hallóse D. Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió dijo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y las letras traen por guía y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced digo en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de D. Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito,

y no ménos le admiraba su talle que sus paabras, y sin hallar ningunas con que respodelle se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla; pero D. Fernando, Cardenio y el cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor oidor entró confuso así de lo que veía como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de D. Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos cortesanes ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y así fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traía se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al

oidor le dió saltos el corazón y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, como se llamaba, y si sabia de que tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á D. Fernando, á Cardenio y al cura les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habiale dicho tambien el criado como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que el habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo que modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si despues de descubierta, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le recibira, con buenas entrañas. Déjese á mi el hacer esa esperiencia, dijo el cura; cuanto mas que no hay pensar sino que vos, señor capitán, seréis muy bien recibido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro

hermano no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitán, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, ecele el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura: del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infanteria española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso tenia de desdichado. ¿Y como se llamaba ese capitán, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos

mejores que los de Caton; y sé yo decir que el que él escogió de venir á la guerra le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitán de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestro de campo; pero fué la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas estraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entónces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado; de los cuales no habia sabido en que habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádoslos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia estaba escuchando algo de allí des-

viado el capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándose los ojos de agua, dijo: ¡o señor, si supiédes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decis es mi mayor hermano, el cual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Perú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la

muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quién supiera ahora donde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los míos! ¡O quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡O Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oían le acompañaban en dar muestras del

sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Lucinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demas caballeros estaban, y dijo: cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aqui veis es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije los pusieron en la estrechez que veis para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer le abrazó tan estrechamente derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostra-

ron apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí D. Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avysasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba á causa de tener nuevas que de allí á un mes partía flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolución todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. D. Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante rollon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se en-

cerraba. Agradaciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor estraño de D. Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, D. Quijote se salió fuera de la ventá á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: quien no duerme escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio;

y Dorotea poniendo toda la atencion posible entendió que lo que cantaba era esto.

### CAPITULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,  
Y en su piélagro profundo  
Navego sin esperanza  
Dellegar á puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella,  
Que desde léjos descubro,  
Mas bella y resplandeciente,  
Que cuantas vió Palinuro.

Yo no sé adonde me guia,  
Y así navego confuso,  
El alma á mirarla alenta,  
Cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,  
Honestidad contra el uso,  
Son nubes que me la encubren  
Cuando mas verla procuro.

¡O clara y luciente estrella!  
En cuya lumbre me apuro!  
Al punto qua te me encubras  
Será de mi muerte el punto.

Legando el que cantaba á este punto le pareció á

Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oír una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole : perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan estraño como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea le dijo : ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oídos para no ver ni oír á este desdichado músico. ¿Qué es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor de lugares, respondió Clara, y del que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discreción que sus pocos años prometian, y así le dijo : hablais de

un modo, señora Clara, que no puedo entenderos; declaraos mas y decidme, ¿qué es lo que decis de alma y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder por acudir á vuestro sobresalto el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oírle se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguia en esta manera:

Dulce esperanza mia,  
Que rompiendo imposibles y malezas,  
Sígues firme la via  
Que tu misma te finges y aderezas;  
No te desmaye el verte  
A cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos  
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,  
Ni pueden ser dichosos  
Los que no contrastando á la fortuna,  
Entregan desvalidos  
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda  
Caras, es gran razon, y es trato justo.  
Pues no hay mas rica prenda  
Que la que se quilata por su gusto.

Y es cosa manifiesta  
que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas portias  
Tal vez alcanzan imposibles cosas;  
Y ansi, aunque con las mias  
Sigo de amor las mas dificultades.  
No por eso rezeló  
De no alcanzar desde de la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar que era lo que le queria decir denántes. Entónces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosias en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas

y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer sin saber lo que me quería. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dejé estar sin dalle otro favor sino era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosia, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decirselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y así el dia en que nos partimos nunca pude verle para despedirme del siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocele. Conocile, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas de Hegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pié y

con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy grande estudiante y poeta; y hay mas, que cada vez que le veo ó le oigo cantar tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareis bien de ver que no es mozo de mulas como decís, sino señor de almas y lugares como ya os he dicho. No digais mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazón Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿qué fin se puede esperar si su padre es tan principal y tan rico que le

parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querría sino que este mozo se volviese y me dejase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaría la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco: no sé qué diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el día de S. Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuan como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormían la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las cuales, como ya sabían el humor de que pecaba D. Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo oyéndale sus disparates: 112 DE 200

Es pues el caso que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos senidonceñas, y vieron que D. Quijote estaba á caballo recostado sobre su lanzon dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: o mi señora Dulcinea del Toboso, estremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ullimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo; ¿y qué hará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros por solo servirme de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, o luminaria de las tres caras, quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcón, está considerando como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella esté mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente que vida á mi muerte, y qué premio

á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar aprieta ensillando tus caballos por madrugara y salir á ver á mi señora, así como la veas; suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdale que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corríste entónces zeloso y enamorado. A este punto llegaba entónces D. Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió D. Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, como le llámaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginación que otra vez como la pasada la doncella hermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagradecido volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas dijo:

lástima os tengo, hermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recojeos en vuestro aposento, y no queráis con significarme mas vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mi otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes. ¿Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió D. Quijote. Solo una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera

yo ver eso, respondió D. Quijote; pero él se guardará bien de eso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes que sin duda D. Quijote daría la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que D. Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano dijo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la costura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puer-

ta del pajar muy fuertemente. D. Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venga el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de D. Quijote ya nos las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose D. Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo sali-

do tan mal la vez primera de aquel castillo se habia aventura do á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el escasgerar la falla que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creído que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquite, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente allí le tomó la mañana, tan

desesperado y confuso que bramaba como un toro, porque no esperaba el que con el día se remediaría su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado: y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creía que de aquella suerte sin comer ni beber ni dormir habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por D. Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seáis, no teneis para que llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que estan dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el día, y entónces veremos si será justo ó no que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas céremo-

nias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo falle de ventero? respondió D. Quijote. No sé de que tenéis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó D. Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó D. Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Gansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con D. Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo que

una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias, y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de D. Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que estan en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que se estiren llegarán al suelo.

## CAPITULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efecto fueron tantas las voces que D. Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á D. Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron que tenia, que tales voces daba. Él sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo volvió á medio galope diciendo: cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, con mi señora la princesa Micomicona me de licencia para'ello, yo le desmiento, le rieto y desaño á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de D. Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admi-

racion diciéndoles que era D. Quijote, y que no habia de hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traía el amante de Doña Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: aqui debe estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle; y aun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos, y entrando los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veía el ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazón aclaraba el dia, y así por esto como por el ruido que D. Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante,

y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. D. Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podía el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en que paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor D. Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los señolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conóció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen

espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor D. Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues como supo mi padre, dijo D. Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien dizeis cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornaremos llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondió D. Luis. ¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto á quien D. Luis estaba, y levantándose de allí fué á decir lo que pasaba á D. Fernando y á Cardenio, y á los demas que ya vestido se habian; á los cuales dijo como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las

razones que pasaban, y como le quería volver á casa de su padre, y el mozo no quería: y con esto y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oír Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á D. Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados diciéndole que en ningun modo volvieran sin él, y que le llevarian, quisiese ó no

quisiese. Esto no hareis vosotros, replicó D. Luis, sino es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis será llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porfia todos las mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, D. Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y D. Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que ¿qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que por ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo D. Luis: no hay para que se dé cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si nó, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harácela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dijo á este tiempo el oidor; pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió: ¿no conoce vuestra merced; señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á

su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entónces el oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dijo: ¿que niñerías son estas, señor D. Luis, ó que causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este traje que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al oidor, el cual dijo á los cuatro que se seogasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á D. Luis le apartó á una parte, y le preguntó que venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les ateo su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á D. Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: socorra vuestra merced, se-

ñor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como á cibera. A lo cual respondió D. Quijote muy de espacio y con mucha flemma, fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entretenerme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esta batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritórnes que estaba adelante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió D. Quijote, que como yo la tenga poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos daré tal venganza de lo que allá le hubieren enviado, que queleis mas que medianamente satisfechas: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea pidiéndole con palabras caballerescas y andantes-

cas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave men-gua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego abrazando su adarga y poniendo mano á su espada acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á maltraer al ventero; pero así como llegó embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian que en que se detenía, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo D. Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderial; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de D. Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si nó sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámos nos atrás cincuenta pasos á ver que fué lo que D. Luis respondió al oidor, que le dejamos aparte preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido: á lo cual el mozo, asiéndole

fuertamente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viesse á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no le impide, en este mismo dia ha de se mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscar-me, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion

con que D. Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así no respondió otra cosa sino que se sosesgase por entónces y entretuviese á sus criados, que por aquel dia nó le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estoviese. Besóle las manos par fuerza D. Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del oidor, que como discreto ya habia conocido cuan bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que si fuera posible lo quisiera efectuar con voluntad del padre de D. Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de D. Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que el quiso, y los criados de D. Luis agurdaban el fin de la plática del oidor y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien D. Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero llevando su jumento á la caballeriza vió á Sancho

Panza que estaba aderezando no sé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho diciendo: ah don ladrón, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vió acometer tan de de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladrón salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor D. Quijote estos despojos. Ya estaba D. Quijote delante con mucho contento de ver cuan bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en el bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia vino á decir: señores, así esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y

así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si nó pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay mas, que el mismo día que ella se me quitó me quitaron también una bacía de azofar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener D. Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legitima y licita posesion: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas trasformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo Sancho, si

no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que nó todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo, y así como D. Quijote la vió la tomó en las manos y dijo: miren vuestras mercedes con que eara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

## CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres pues aun porfian que esta no es bacía